

RAZONES EQUIVOCADAS

Alexia Castro

Esta era mi primera relación.

Siempre creí en el amor a primera vista y, desde que vi a Julián, supe que él era el indicado para mí. Al principio, solo compartíamos miradas curiosas en los pasillos de la universidad que luego se convirtieron en sonrisas cálidas.

Después de unos meses de coqueteo, él se acercó mientras veía una película en mi teléfono, esperando a que iniciara mi próxima clase.

—Disculpa, ¿está ocupado?

Tres palabras y una sonrisa que marcaron el comienzo de nuestra historia. No sabía cómo iba a terminar, pero estaba dispuesta a hacer el viaje.

El semestre avanzó, entre cartas secretas y mensajes de “Buenos días”, hasta que el último día Julián me dijo que me llevaría a una cita. Habíamos salido antes, pero nunca había usado esa palabra.

Recuerdo arreglarme con mi vestido más bonito y un lazo en mi cabello, quería verme bien. Algo me decía que ese era el día en el que por fin me pediría formalizar nuestra relación.

—¿No crees que van un poco rápido? —dijo mi mejor amiga mientras me miraba maquillarme.

—Realmente creo que es él —respondí confiada.

Ella se levantó de mi cama y se acercó a abrazarme.

—Ten cuidado, las malas lenguas dicen que es problemático.

—Tú lo has dicho, las malas lenguas —me separé de su abrazo y le sonreí—. Ya sabes cómo es la gente.

—No lo sé, Día —se cruzó de brazos, dudosa—. He escuchado cómo se refiere a su ex y no creo que las cosas hayan terminado, como él dice.

Había un rumor rondando los pasillos. Alguien dijo haber visto a Julián en una discusión acalorada con su exnovia. Dicen que él estaba muy molesto y riendo como un maniaco mientras la

arrinconaba contra la pared; sin embargo, no creí que fuera cierto ya que siguieron juntos un año más después del supuesto incidente.

—No te preocupes, Isa —intenté tranquilizarla—. Todo va a estar bien.

—¿A qué hora te viene a ver?

—Él me dijo que nos encontrábamos allá.

No le veía lo malo a encontrarnos en el lugar acordado, él me recibió con un abrazo y caminamos por unos minutos hasta que se puso frente a mí y nos dimos nuestro primer beso. La pregunta se deslizó en un susurro de sus labios, y yo pensé en lo afortunada que era. Aunque durante el resto de nuestra relación ese sería el momento más romántico que vivimos.

Poco a poco, las cartas y conversaciones íntimas fueron desapareciendo, pero yo quería que funcionara.

—Julián, ¿hay algo malo? —le pregunté un día, preocupada de estar haciendo algo mal.

—No, bonita, ¿de qué hablas?

Me costaba mirar a las personas a los ojos y no sabía cómo tocar el tema.

—Es que... Hace mucho no me escribes cartas y...

—¿Por qué lo haría? Ya somos novios —interrumpió y mis pensamientos se detuvieron.

—Nunca has escuchado la frase "Reconquistala cada día", ¿verdad? —intenté bromear, aunque sentía un nudo en el estómago.

—Eso solo aplica para cuando la estás engañando y quieres que se quede, y hasta donde yo sé, no lo estoy haciendo.

Ni siquiera tenía sentido, pero algo debió haber visto en mi mirada que encendió una chispa de rabia en él.

—A menos que tú me estés engañando —dijo confiado y yo no lo podía creer.

—¿Qué? —fue lo único que logré decir, mientras sentía que el mundo se desmoronaba a mi alrededor.

—¿Por qué querrías que ponga más esfuerzo del que ya pongo en esta relación? ¿Hay alguien más, verdad? —su tono de voz iba subiendo y las personas en el centro comercial comenzaban a mirarnos.

—No, Julián, solo quería que sigamos haciendo lo de las cartas —la vergüenza me carcomía y la mano de Julián apretaba mi muñeca con fuerza.

—Pues anda pídeselas a la persona con la que te estás acostando —soltó mi muñeca, se puso de pie y se fue.

Estaba en shock, veía frente a mí a algunas personas mirándome, unas con pena y otras me juzgaban como si todo lo que había dicho Julián fuera cierto.

Me puse de pie y decidí caminar hasta mi casa.

Me encantaría poder decir que todo acabó ahí, pero a veces toca aprender las lecciones a la mala.

“Hola mi amor, lo siento por lo que pasó hoy, no debí preguntar aquello, entiendo que no quieras que nos demos más cartas, pero no estoy con nadie más que tú y no quiero a nadie que no seas tú.

Por favor, perdóname y hablemoslo”.

En ese entonces no entendí por qué envié aquel mensaje, pero después de unas cuantas sesiones de terapia logré entenderlo.

Julián y yo volvimos y nuestra relación volvió a ser “mágica” unos cuantos meses más.

—Vamos mi amor, todos lo hacen y ya vamos a cumplir un año de novios.

—No lo sé, sabes que hay muchos riesgos y yo quiero terminar primero mi carrera.

—Solo piénsalo, bebé, todo saldrá bien.

—Está bien, lo voy a pensar.

Sin embargo, mi decisión nunca fue respetada.

—Julián te dije que eso no me gusta —dije apartando su mano de mis senos.

—Vamos bebé, no te pido que lo hagamos, pero, por lo menos, déjame tocarte.

—No, Julián.

Sin embargo, mis “No” con respecto al tema nunca fueron escuchados y el día de su graduación cedí.

—Día, ¿estás bien? —dijo Isa mientras trabajamos en nuestra tesis en mi casa.

—Sí, solo he estado con náuseas y mareos desde hace unos días.

—Esta historia ya me la sé —dijo con un tono cantarín.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo fue la última vez que tú y Julián estuvieron?

—Hace como una semana, ¿por qué?

—¿Y antes de eso?

—No me siento cómoda hablando de mi vida sexual —especialmente porque cada vez que lo hacíamos dolía y a pesar de que la ginecóloga decía que era normal, no podía evitar detestar el momento.

—Bien, vengo en un rato —dijo saliendo de mi cuarto con su billetera.

La prueba de embarazo que compró salió positiva. Veinticuatro años y embarazada.

Recuerdo a Isabella felicitándome mientras yo pensaba en que mi vida estaba arruinada.

En ese momento mientras Isabella me abrazaba en el baño de mi casa, entendí que llevaba mucho tiempo sin estar enamorada de Julián, que seguía con él por costumbre, por miedo, por soledad.

—Isabella, tengo que contarte algo —susurré.

Siempre fui buena mintiendo, por ello siempre pude fingir ante Isabella y pintar nuestra relación como un cuento de hadas.

Ver a mi amiga quebrarse ante todo lo que había pasado me reconfirmó lo que hace unos segundos había pensado: (Seguía con él por todas las razones equivocadas) y tuve pánico.

—¿Por qué te quedaste, Dia? —sollozó abrazándome— ¿Qué vas a hacer con el bebé?

Ahí rompí en llanto.

Intenté ocultarlo, pero mi familia se dio cuenta rápido, al igual que Julián. Todos estaban felices por el primer nieto, pero no lo podía entender.

—¿Sabes? Ahora que vamos a ser padres, vas a tener que quedarte en casa cuidando al bebé. ¿Vas a tener tiempo para tu tesis?

Sabía lo que venía.

—No voy a dejar la tesis si es lo que estás sugiriendo.

—Por Dios, Diana, ya el jueguito de la carrera te duró mucho rato, los dos sabemos que ni siquiera eres buena en ello.

—Entonces, ¿por qué aun sin estar graduada ya tengo tres ofertas de trabajo esperándome?, y tú que llevas ¿No sé? ¿tres años graduado? A duras penas recibes un trabajo pequeño al mes.

—¿Te crees tan lista?

—¿Las tres entrevistas que he pasado no te dicen eso?

Me arrepentí tanto de mi tono y mi valentía.

—Tú no te mereces esas ofertas —dijo mientras sus manos hacían presión en mi cuello y su rodilla estaba apoyada en mi vientre— ¡Yo soy el que las necesita! ¡Yo soy el que debe proveer! ¿Entiendes?

Tenía miedo, intentaba pedirle perdón, pero el aire no llegaba a mis pulmones.

Lo último que escuché de Julián aquel día fue que eso era lo que me merecía.

Cuando abrí los ojos en el hospital, él se encontraba ahí, llorando lágrimas falsas, el doctor se acercó a mí, me dijo que el bebé estaba bien, pero que me tendrían que internar en un psiquiátrico por ser un daño para mí misma por intento de suicidio estando embarazada.

No pude defenderme.

Aquellas semanas pasaron en piloto automático y cuando salí tenía siete meses de embarazo.

—¿Cómo se va a llamar el bebé? —preguntó mi tía.

Volteé a ver a Julián, no lo habíamos discutido un nombre, pero sabía que él ya tenía una respuesta.

Mudarme con Julián fue de las peores cosas que hice, pero no tenía alternativa, el bebé llegaría en nada y no quería molestar a nadie.

—Siéntete como en casa —dijo él abrazándome y yo asentí con miedo a que mi respuesta no fuera la que el esperaba; sin embargo, no importaba qué hiciera, la respuesta nunca era la correcta.

—Nunca puedes apreciar nada de lo que hago por ti.

—Perdón si se vio así, es solo que estoy agotada.

—¿Agotada? ¡Solo pasas acostada todo el día!

—Estoy embarazada.

—¿Y? No es excusa, tu cuerpo está diseñado para eso.

—Julián, no quiero pelear.

—Entonces deja de ser tan insolente —dijo y se encerró en “nuestra” habitación.

Mi tesis quedó olvidada, cada día me sentía más miserable, no podía creer que en esto se había convertido mi vida.

Dos días en la casa de Julián y sentía que no podía más, cada día era una migraña constante, nunca podía ganar, hasta que ocurrió lo peor.

Mi bebé, mi lindo bebé, nació conmigo teniendo siete meses de embarazo y vivió tres días hasta que su corazón falló porque el hospital no tenía todo lo necesario para mantenerlo vivo más tiempo.

Todos me culpaban por haber perdido lo único que me mantenía cuerda. Julián todas las noches me decía lo inútil que era por no poder haberlo mantenido vivo.

—No digas que yo te dije esto, ¿sí? —dijo Isabella cuando por fin pudo visitarme—, sé que te duele perder a tu bebé, pero solo tienes esta oportunidad para salir.

Me dio el número y dirección de una casa de acogida.

—Por favor, sal de esto y no mires atrás.

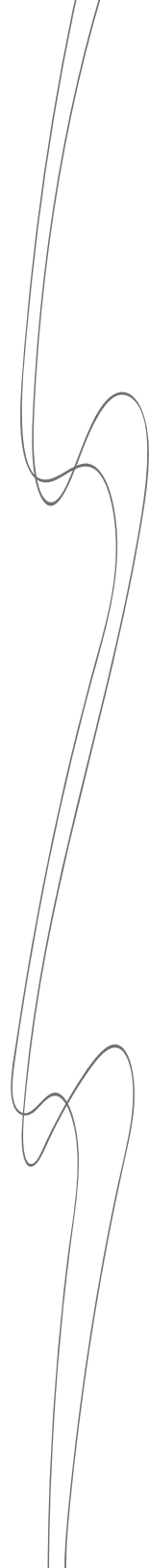
Y eso hice, aunque no fue fácil, encontrar todos mis papeles y llevarme mi ropa de a poco me asustaba, Julián enloquecería si se daba cuenta.

Pero gracias a Isabella todo estuvo bien.

—¿Por qué crees que te quedaste? Todas las señales estaban ahí —dijo una de las muchachas en la asamblea del colegio en el que estaba exponiendo mi historia.

—Yo también me pregunté lo mismo mucho tiempo —sonreí con los labios fruncidos— sin embargo, mientras la psicóloga del refugio me enseñaba sobre el termómetro de violencia mis pensamientos volvieron a cuando tenía veintidós años y me encontraba desconsolada llorando en mi habitación por el incidente de las cartas.

—Tía, creo que voy a terminar con Julián —dije después de que ella entrara al cuarto y me viera llorando.



—¿Qué? Pero, ¿Qué pasó?

Después de contarle el escándalo que Julián había armado y cómo la gente me había mirado, mi tía soltó una risa negando.

—Ay mijita, ¿Tú de verdad querías a ese muchacho? ¿Tanto escándalo por unas cartas?

—Pero, yo...

—Él se preocupa por ti, es bueno con la familia y siempre salen, yo creo que con eso te demuestra bastante.

—Nos es difícil entender por qué nos quedamos en situaciones donde no nos valoran, en situaciones peligrosas. Y si para nosotros es difícil, para el resto aún más. Cada día en el refugio me preguntaba por qué ignoré los rumores, por qué le hice caso a mi tía, por qué ignoraba cuando se burlaba de mí, por qué ignoré todos sus arranques violentos contra los demás, por qué ignoré la forma en la que se refería a las mujeres, pero el mayor porqué —dije mientras sentía mi voz quebrarse cómo cada vez que tenía que decirlo— ¿Por qué me costó tanto ponerme primero?

Después de unas cuántas respiraciones rápidas pude recomponerme.

Una chica alzó la mano tímidamente.

—¿Qué pasó con Julián?

—La justicia no siempre es justa y Julián peleó para demostrar que nada había pasado. Y lo consiguió. Yo no tenía pruebas y él tenía registros médicos que probaban que yo no estaba bien mentalmente; sin embargo, eso nunca me ha detenido de contar mi historia, porque yo sé lo que viví, y aunque Julián lo niegue, él sabe lo que hizo, lo que me hizo.

Suspiré no queriendo terminar la charla en una nota triste.

—Siempre creemos que nos merecemos lo que recibimos, pero no siempre es así. Nadie merece ser tratado como que no vale nada en una relación, o en su trabajo o en su familia. Todos somos valiosos a nuestra manera; sin título, sin hogar y sin nada, sentía que no valía un solo centavo, pero educarme en violencia de género, entender lo que me pasó y por qué me pasó es lo que me hizo valiosa, porque ahora, puedo compartir mi experiencia con ustedes, puedo mostrarles las señales y hacerlas ver por qué no deberían quedarse por las razones equivocadas.

Todas las chicas de este colegio me miraban sollozando o intentando aguantar sus lágrimas.

—Recuerden que, si están viviendo una situación así, no están solas, siempre va a existir una Isabella que las ayude a salir y si sienten que no la tienen, al inicio de la charla les repartí una tarjeta con mi número, no importa la hora, siempre estoy disponible.